

El marido de la viuda

— ¡Voy, mujer! No grites, perlita mia, que va á oscurecerse la voz y no podrás reírte luego con comodidad. Dentro de dos minutos, no más, estará á tu lado tu marido; en cuanto te pongas las cintas al batón.

— ¡Ay, qué rabia! Siempre contradiciendo... Vos eres el menos servicial de los seres de la creación. ¡No ves que te preocesa inmediatamente? Está el corcho preparado y ya de teñirte las cejas.

— ¡Corro! Ya estoy aquí. ¡Pero el batón!

— Lo arreglarás luego. Ahora, al corcho. ¡Cuidado! Pero no estás viendo que se te va la mano y me ennegreces la nariz? ¡Torpe!

— Como está tan próxima á las cejas...

— ¡Querés decir con eso que soy defectuosa? Vos eres el único hombre que así



ha pensado. Y los ha habido á cientos que han elegido mi belleza. Por supuesto, todos ellos eran más simpáticos que vos y más arrogantes. Pero yo, miserera te acepté á vos, al más infame.

— Ciento, Ester: vos me dignificaste haciéndome este servicio. Ya sé que á tu lado soy una molécula.

— ¡Vos lo ves! ¡Otro insulto! Decís eso porque soy gruesa. Vos, en cambio, eh, sos una figurita.

— Como quieras... Un petizo.

— Gruesa yo... Todos los hombres han sido más prudentes que vos y han alabado mi esbeltez.

— ¡Cómo no! Y tus cejas... y el color de tus labios... Yo más que nadie (como que soy el pintor de tales hechizos).

— Rezás...

— Si es que te floreo bajito...

— ¡Inútil! Mira cómo has colocado los postizos de mi corsé... ¡Ay! Haber perdido á mi primer marido... más habilidoso que vos, sí, señor.

— Más práctico, ángel mío. Te aguantó, es decir, compartió con vos la gloria durante dos lustros y yo voy á entrar ahora en el segundo año de un martirologio, vamos, de mi dicha.

— ¡Qué cosa bárbara! Me voy para no oír eso. Si viene mi amiga, ya sabés, ¡eh?

— Sí; que me fije en todos sus trapos y moños y anote hasta los más nimios detalles. Lo voy á hacer.

— ¡Dios mio! Si estrena aquel sombrero de plumas tan lindas... ¡enfermo!

— Diviértete, pimpollo.

— ¡Pimpollo! ¡Vaya una palabrita de chanechinero! Ningún caballero osó jamás expresiones así conmigo.

— Yo oso... oso, por la confianza. Vase la señora, con malos modos. El caballero, ya solo, arremete furioso con la cabeza contra la pared y suspira en lágrimas:

— ¡Ay, Leoncio! ¡Quién habrá de augurar tu fin! ¡Por qué, di, sin tener oficio ni beneficio, te uniste á una viuda acapitada! Mereces una sibatina... una abarada. ¡Otario! ¡zonzo! ¡¡Brrr!!!

Iba á atacar otra vez á la pared, cuando apareció en la estancia un su antiguo enemigo, abrazándole.

— ¡Leoncio querido!

— ¡Inolvidable Tembleque! Tú siempre libre...

— Si supieras... Da me un cigarro.

— Toma y prende feliz mortal.

— ¡Yo! Soy muy desgraciado.

— Y yo.

— ¡Tú, poseedor de una fortuna,

de oro y hasta conoces el valor de los pesos.

— Sí, sí; y el de las viudas.

— Ergo, eres el prototipo de la dicha. Tu envidia. ¡Que me traigan una viuda pue-

— ¡Ignorantón! Mi fortuna es de ella;

mis sirvientes sólo á ella la sirven; mi in-

dumentaria pertenece á su anterior con-

yuge y ese diente de oro lucido la boca

del difunto. Ni la ex viuda es mia.

— ¡Sacrilegio! Ex-

presarse así quien iba

para aterrante y hoy

lleva hasta un diente

de oro y hasta conoce el valor de los pesos.

— Sí, sí; y el de las viudas.

— Ergo, eres el prototipo de la dicha. Tu

envidia. ¡Que me traigan una viuda pue-

— ¡Ignorantón! Mi fortuna es de ella;

mis sirvientes sólo á ella la sirven; mi in-

dumentaria pertenece á su anterior con-

yuge y ese diente de oro lucido la boca

del difunto. Ni la ex viuda es mia.

— ¡Difamador! ¡De quién es?

— ¡Del diablo! No nos queremos; no con-

geniamos; ella es alta, y me escarneció

y soy servil, y la adulta.

— Pero te nutres y vistes bien. Sigo ex-

plorando y aspirando á una viuda ne-

tada.

— Pues mátame y cásate con Ester. Yo

aspiro á ser libre.

— La libertad abate, cuando hay hambre.

— El hambre es un placer, cuando hay

breadad, che.

— ¡Aflojale, que colea! La grandeza

que vives ha afrodisio tu cerebro. No eres

digno de poseer una viuda... ¡Y te despi-

cio! ¡Vivan las viudas ricas disponibles!

— ¡Vete! ¡Te exijo! Eres indigno de pa-

sar hambre. ¡Viva la libertad!

Poco después Tembleque salió y Ester

entraba, preguntando:

— ¡Quién es ese tipo tan astioso!

— ¡Un infame; un falso amigo que soy!

— Tiene que vos no eres mi cielo, mi dicha.

— ¡Quieres que te traiga las zapatillas!

J. VICTOR TOMEY.